

## Originalidad y plagio

Miguel Eduardo Pardo

Joaquín Dicenta se ha robado un niño.

¡Qué escándalo!... ¡Y qué alegría para los verdaderos ladrones! Qué oportunidad más feliz para la gente del oficio: ¡para que la gente del oficio echara los pies por el aire!

A suceso de tan extraordinaria magnitud correspondía, a no dudar, el comentario de los hirvientes mentideros de Madrid. ¿Cómo no? Tratándose del más joven, del más audaz de los autores españoles, el hecho adquiriría, por inaudito, desmesuradas proporciones de crimen. Y crimen con circunstancias agravantes de ensañamiento, premeditación, alevosía y complicidad...

El cómplice, también joven y poeta: Manolo Paso. ¿Qué más querían?

El chico robado era nada menos que el *Niño de la bola*, de Alarcón; al cual niño transformaron Paso y Dicenta en garrido majo andaluz de chaquetilla y sombrero de alas anchas. Guapo, enredador y camorrista sujeto que fue llevado a la escena con el nombre de *Curro Vargas*.

La familia de Alarcón creyó ver en aquel valiente de camisa historiada a la criatura de marras y metió en pleito a los “transformistas”.

Y hubo bronca, es claro, bronca monumental y soberana. Intervino la justicia y hablaron los maestros del teatro y de la crítica.

En defensa de Dicenta y Paso salieron Jacinto Octavio Picón, Eugenio Sellés, Celso Lucio, Bretón, Ramos y no sé si algunos más. En contra, por andar con tapujos y remiendos piadosos don José Echegaray. El excelso autor, sabiendo que la pelota estaba en el tejado, pero ignorando por qué punto del alero asomaría, juzgó proceder correctamente retirándose. Consideraba él *peligrosa* su opinión en materias de “originalidad y plagio”. Y planteada con harta mala fe de esta guisa la cuestión, cada *quisque* se creyó allí en el deber imprescindible de despacharse a su gusto, voceando disparates, echando fuera todo lo mucho que sabían y presentando de paso sus patentes de honradez, que nadie les había pedido.

*Lo cual que* me hizo el efecto del caso de muchos ladrones juntos que no pudiendo robarse una prenda, por temor a la policía, al ver que otro más listo, o más tonto, se lleva la prenda codiciada, salieran detrás de él corriendo y gritando desafortadamente:

-¡Ese!, ¡ese es el ladrón!... ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!...

\*

¡Originalidad y plagio!

Cuestión interminable –si las hay– Una historia tan vieja como el mundo es esa historia repetida a todas horas, en todos los tiempos y en todos los países.

Si fuera grato el papel de *denunciador*, ¡cuánta gente elevara a categoría de faena gloriosa, la triste ocupación de llevar al juzgado de la prensa muchas, pero muchísimas obras que van por ahí, impunemente, vendiendo una originalidad que es un hurto!... Son

tantos los poetas que “calcan”, los escritores que “imitan”, los novelistas que “extraen”, los dramaturgos que “copian”, los periodistas que “¡traducen!”... Pero, ¿quién será el valiente que se atreva a arrojar la piedra destructora sobre esa formidable montaña de calcos, de imitaciones y de plagios, cuando la piedra puede rebotar y romperle cualquier cosa?

No conozco, dice Balart, no conozco un solo autor completamente original: cuando no *coincide* en asuntos, coincide en frases con alguien. Y agrega con una sinceridad que abruma: “Todos, todos han tomado algo de los demás: entre los que *tomaron* con más desahogo están Virgilio, Shakespeare y Goethe: de los modernos Zola, Daudet, y D’Annunzio. Y sin embargo los autores de este calibre son los más originales del mundo”.

Permítame el ilustre crítico ponerle el pie delante. Yo voy más allá: yo no creo ni en la originalidad ni en el plagio absolutos.

¿Cómo se entiende?

Como lo digo. Tengo la horrible, la espantosa, la inmensa desgracia de no creer en ninguna de las dos cosas. Si me preguntaran en qué consiste éste negro, este amargo escepticismo mío, veríame en el doloroso caso de citar infinidad de autores que yo creía originales y que luego me han *resultado* unos grandísimos salteadores de la literatura. En cambio otros, a quienes la sospecha tocaba muy de cerca, me van pareciendo santos benditos comparados con aquellos. Y es que en la historia literaria del mundo como en la historia del cristianismo, existen el buen y el mal ladrón. Pero capaz no hay un solo autor, (lo que se llama capaz) de robarse una obra íntegra. La vergüenza, el horror de ponerse en evidencia se lo impide. A menos que sea un bandido; y en semejante caso el comentario huelga: no se le juzga, se le castiga.

Molière, ya se sabe, entró a saco en la literatura española, cuando la literatura española estaba en pleno florecimiento, y el codicioso autor *no pudo* robar: siempre quedaba el sello de Molière en cada obra plagiada.

En manos de Zola pierde su impureza una guía monumental, como un Larousse, y aparece *Roma* sembrando rayos de luz por todas partes.

Una tosca narración juntamente con un libro viejo y no sé qué otra obra constituyen, según la crítica inglesa, la áurea y voluptuosa *Safo* de Daudet. Y Daudet será toda la vida “el autor de *Safo*”.

En los mismos párrafos pillados malamente al insigne Gabriel D’Annunzio vive y palpita inconscientemente el soplo de un espíritu extraño: es el espíritu exquisito, raro y prodigioso del artista italiano que ennoblece lo ajeno.

¡Ah! no. La verdadera, la absoluta originalidad no existe.

La Marianela de Galdós ciega y enteca es un Quasimodo con faldas. *Nazarín* es el *Quijote* echado a perder. Y vaya usted a regatearle glorias a Pérez Galdós.

No hace muchas noches fui a verle a Coquelín el *Cirano de Bergerac*, comedia de Rostand que no conocía. Pues estuve a punto de jurar que aquel ilustre y *endiablado* caballero era el famoso D’Artagnan que juzgaba yo una creación de Dumas.

En el teatro se sufren muchas decepciones. Por estos países, al menos, se saben cosas que *no debían saberse*... A que el mismo don José Echegaray, tan escrupuloso en materias de “originalidad y plagio” no se atreve a decir –puesta la mano sobre la conciencia– que *Un crítico incipiente* es suyo. ¡A que no! Y probado, pongo por caso, un plagio colosal del señor Echegaray ¿dudaría alguien de su poderosa inventiva? ¿Se desquiciaría su fama, menguarían su gloria, se borraría su nombre de la fila luminosa de los autores insignes? De seguro que no, que no podía ser. Entonces ¿a qué viene él con reparos y sospechas

tratándose de Dicenta? Dicenta, pese a quien pese, puede producir, no uno sino muchos niños más rollizos que el “pintoresco y trágico” niño de Alarcón. Ojalá le sirva de lección lo que le pasa. Así dará mañana nuevos dramas: dramas del jaez y de la talla de *Juan José* y de *El señor Feudal* que son suyos: suyísimos...

\*

El plagio no es lícito. ¡Qué va a ser lícito el plagio!

Pero no puedo remediarlo: me hacen mucha gracia esos espías, guardianes y defensores de la literatura, tan diestros en averiguar a qué clase, mejor dicho, a qué género y familia pertenecen las producciones de los demás.

Conozco guardianes de ese “Cuerpo inmaculado” de las letras, que cometen más de un desmán vituperable en punto a calcos: lo mismo que cualquier hijo de vecino. Tengo pruebas abrumadoras contra alguno que se paga de original y que se considera, en Venezuela, insospechable. Y eso es precisamente lo que no debe tolerarse: que un insospechable, un “inmaculado”, un Deroulede, por ejemplo, de la literatura, caiga como un rayo sobre un Dreyfus del oficio; o que un Roschildt que roba siendo rico, se eche por manera implacable sobre un infeliz que roba por pobre.

Si a ver vamos, el verdadero robo consiste en el robo de la obra *inédita*. Al fin y al cabo el que se coge lo publicado está expuesto a que su dueño lo desnude en la calle. Pero el que se coge *lo inédito*: ese sí es un ladrón, un inmoral, un traidor, un cobarde.

No sé donde leí eso de que la obra inédita por sagrada se considera como “caso de honra” al ser tocada. Y considerado también desde este punto de vista el atentado es algo

así como un crimen. Al autor de semejante infamia tiene cualquiera derecho de coserle el corazón a puñaladas.

Yo no le cosería nada *al amigo* que abusando de la confianza que depositara en él, leyéndole unas páginas inéditas, fuera luego y publicara mis ideas como suyas. Pero el día que apareciera un libro mío aparecería también al pie del capítulo usurpado esta nota sencilla: “Las presentes páginas se las leí yo a Fulano en tal tiempo. Poco después Fulano publicó tal cosa. No pudiendo llevar todas mis frases al papel llevó mi pensamiento íntegro... Fulano es una mala mujer”.

\*

Para terminar.

No ofrezco a la literatura alarmada estas impresiones como buenas, *sino como mías*.

Escribiendo en favor de Dicenta y Paso, sin pretensiones de romper lanzas en formidable batalla con sus muy contados detractores, he gozado; he creído cumplir un deber. Se me antoja tarea hermosa, noble y honrada hablar bien de dos artistas que se equivocan.

Alguien querría, de fijo, que yo figurase entre los denunciadores formados en cuadrilla. Yo no soy inspector de aduanas literarias: no quiero parte en la mercancía que decomisan los que pleitean por pobres o por hacer creer a los demás que no son contrabandistas. Y porque bien mirado no creo que en España (iba a decir en América), hay tantos escritores originales como se supone.

Muchos escritores españoles no cogen de la literatura americana porque no creen en ella; y muchos americanos no cogen de la española, porque fingen despreciarla. Pero unos y otros, si conocen a fondo los idiomas, *extraen* a más y mejor del alemán, del inglés, del italiano y del francés. Sobre todo del francés. ¡Como si nadie leyera! A estas *extracciones* las llaman por lo general asimilación, adaptación, etcétera. Vivimos *en* francés, exclaman, para no decir: vivimos *del* francés.

En realidad, y no puede ser de otra suerte, el escritor vive de la lectura asidua de los libros nuevos y viejos, buenos y malos, del comentario de la prensa; de la charla del Café; de la anécdota del Club; de la conversación cogida al paso...

Nada de “eso” es *suyo*, es de todos.

Pero como todos no saben recoger *eso*, ni despojarlo de las tosquedades que sí lleva, ni darle forma artística, el literato lo aprovecha, lo transforma, lo hermosea, lo enaltece, le da vida nueva, y lo ofrece al público como cosa de él; porque no hay cerebro capaz de crear a diario una historia, ni de hacer un cuento, ni de inventar un drama, ni de forjar una novela, ni de parir artículo tras artículo sin que tal cual lectura se los inspire. No lo hay. ¡Mentira!

El quid está en saber ocultar la mano que pule y lima aquello que presenta como cosa creada. ¡Pero si esto es lo que constituye el arte en literatura! Conseguir que lo escrito por uno sobre tal cosa tratada no se confunda con lo que escribió aquel que la trató primero.

Todo es punto de vista: ya lo dijo Burrell; y el punto de vista es de todos. Si usted dice hoy que el sol es amarillo y yo digo mañana que es rojo ¿con qué derecho me sale nadie al día siguiente gritando que yo he “plagiado”, porque “el asunto sol” lo trató usted antes que yo?

Pues lo mismo ocurre con Dicenta-Paso y Alarcón.

Si don Pedro Antonio de Alarcón sacó de *El romance indiano* un *Niño de la bola*  
¿por qué no habían de sacar Joaquín Dicenta y Manuel Paso del *Niño de la bola* un *Curro*  
*Vargas*?

Madrid: diciembre de 1898.

*El Cojo Ilustrado* (Caracas: Año VIII (171): 97-99, 1 de febrero de 1899.